

ROMANCE PARA MACONDO SOBRE EL AUGE Y LA CAÍDA DE JOSÉ RAQUEL MONCADA Y DE AURELIANO BUENDÍA

De Abel González Melo

Con Gabriel García Márquez
y *Cien años de soledad*

I
Rugen por los negros montes
revelaciones antiguas.
De las montañas al mar
los caminos de neblinas
insomnes se van trenzando
sobre canteras de intrigas.
Alrededor de ese trozo
de tierra y fe que sería
Macondo en la ensoñación
de José Arcadio Buendía,
en aquel tiempo remoto
de los inventos y enigmas
con que fecundó Melquíades
los cimientos de la vida,
hoy sobrevuela el horror
de la guerra que, sin prisa,
va aniquilando recuerdos,
va destripando la dicha,
va colmando de cadáveres
cada páramo que pisa.
Y entre tantas extrañezas
dicen por las serranías
que ninguna ha sido tan
notable, triste, imprevista,
ninguna tan angustiante,
ninguna tan conocida,
ninguna tan espantosa
como la que vivirían
los espíritus, los cuerpos,
la hermandad, la lozanía
de José Raquel Moncada
y de Aureliano Buendía.

II
Siendo de bandos contrarios
y de distantes doctrinas,
habiendo sido criados
en tan diversas familias,
fueron comandantes ambos
en los años de agonías
y fragores. Aureliano,
de Macondo sangre fina,
hijo de Úrsula Iguarán
y José Arcadio Buendía,
libró increíbles contiendas
que se daban por perdidas.
Todo el litoral comenta
que a caballo combatía
con tal brío y tal destreza
que hacía pequeño a Atila.
A diecisiete mujeres
de la región dejó encintas,
y con ninguna durmió,
y a ninguna hizo caricias.
El aura de soledad
jamás lo abandonaría:
por el contrario, en las noches
de indescifrables vigilias
sería su aliada fiel
y su más constante amiga.
José Raquel, por su parte,
era antimilitarista:
un civil conservador
que en defensa lucharía
de su partido, y que el título
de general obtendría
en el campo de batalla.
Su esencial característica:
la inteligencia. Su arte:
derrochar más simpatía
que cualquier mortal. Su escudo:
la más férrea disciplina.
Impuso su autoridad
sobre todas las milicias,
y fue sembrando el respeto
en las huestes enemigas.
El más temible adversario
fue de Aureliano Buendía.
Tantas veces se enfrentaron
los dos hombres, tantas vidas
vieron acabar y tantos
ecos de soberanía
los perturbaron, asidos
a despojos y a mentiras,
que, mientras más batallaban,
más la admiración crecía
por el otro. Cierta vez,
en una región vecina
acordaron darse tregua:
las tropas se encontrarían
para intercambiar soldados
prisioneros. Estas citas
regresaron con bastante
frecuencia: siempre festivas,
siempre buenas ocasiones

para charlas y sonrisas.
Se hicieron grandes amigos.
Planificaban, querían
borrar a quienes negocio
hacían de la política,
e instaurar un nuevo régimen
humanitario, semilla
de un porvenir que mezclase
lo mejor de sus doctrinas:
liberal, conservadora,
en un empeño fundidas.
Moncada enseñó ajedrez
al intrépido Buendía,
que disfrutaba aprendiendo
los trucos de las partidas.
Y una vez que este llegó
lastimado en las costillas,
aquel, con sumo cuidado,
le fue curando la herida.
Allá los ojos voraces,
aquí la piel ambarina,
allá las rudas espuelas,
aquí el aliento de almíbar.
¡Tan generosos los dientes
y tan tibias las encías!
José Raquel y Aureliano,
inquietos, en la tranquila
majestad del ancho mundo,
descubriendo las delicias
y los secretos encantos
nocturnos de la manigua.

III
Según terminó la guerra,
cuando Aureliano Buendía
junto a sus hombres, veloz,
desfiladeros arriba
se escabulló, el general
Moncada recibiría
nombre de corregidor
de Macondo. La amnistía
hizo respetar. Prestó
ayuda a muchas familias
de soldados liberales
caídos en la ofensiva.
En lugar de militares,
agentes de policía
desarmados colocó
por las calles de la villa.
Consiguió que al poco tiempo
se instaurase la alcaldía:
Macondo fue municipio,
prosperó su economía,
cívicamente avanzó
tanto que cual pesadilla
irracional del pasado
la guerra recordarían.
Hasta Úrsula Iguarán
abrió su repostería,
y llenó otra vez de oro
las ocultas alcancías:
“En esta casa de locos”,
la anciana decir solía,
“la plata no faltará
mientras mi Dios me dé vida”.
En el curso de los meses
por la casa pasarían
diecisiete madres con
hijos de edades distintas,
diciendo en todos los casos
que eran de sangre Buendía,
que hijos de Aureliano eran.
Vacilación no cabía:
tan diferentes, tan raros,
pero cada uno tenía
el aire de soledad
estampado en las mejillas.
Incluso José Raquel
Moncada bautizaría
a uno de ellos. “Si volviera
Aureliano, qué alegría,
poder reunir a todos
estos hijos”, dijo un día
Úrsula, y el general
contestó con leve enigma:
“No se preocupe, comadre,
antes de lo que imagina
Aureliano vendrá a casa”.
Lo que Moncada sabía,
y no contó en el almuerzo,
era que se disponía
la rebelión más sangrienta,
la más cruda y extendida
de cuantas jamás han sido,
y que Aureliano Buendía
volvía dispuesto a todo.
Ni gota había de brisa
cuando Moncada salió
rumbo a la vieja capilla.

IV
Levantamientos armados
copaban las serranías.
El gobierno insistió en que
todo el control mantenía,
pero pronto proclamó
un bando donde la vida
parecía tener fin
para Aureliano Buendía.
Se daba la clara orden
de que cualquier compañía
que lo apresase el dictamen
de su muerte cumpliría.
“Ha vuelto Aureliano, es eso
lo que el ruido significa”,
pensó Úrsula Iguarán
al escuchar la noticia.
Las tierras del litoral
a Aureliano se rendían:
nadie supo poner freno
a su cólera divina.
“La felicito, comadre”,
le comentó al mediodía
José Raquel a la anciana,
“hoy mismo estará en la villa”.
“¿Y qué hará usted?”, dijo ella.
No era pregunta sencilla:
el mismo José Raquel
cada tarde se la hacía,
de modo que contestó:
“Pues lo mismo que él haría:
cumpliré con mi deber”.
Esa noche, mientras iba
escapando de Macondo,
lo atraparon. Enseguida
lo llevaron de regreso
a casa de los Buendía.
Allí se hallaba Aureliano,
cuyas violentas milicias
tenían todo revuelto
por ver que riesgo no había.
En uniforme de dril,
sin portar ninguna insignia,
con las altas botas negras
recubiertas de pecina
y sangre seca, la mano
en la culata, la vista
tensa y el rostro cuarteado
por la sal y las derivas,
un hombre capaz de todo
Aureliano parecía.
Se sentaron a almorzar.
Voces de épocas antiguas
se cruzaron, y quimeras
de proyectos humanistas,
y olvidadas sensaciones
de imposibles fantasías,
y también el resquemor,
e incluso alguna sonrisa.
Mas, mientras los adversarios
tan intenso viaje hacían,
Úrsula fue presintiendo,
tuvo la impresión sombría
de que su hijo era un intruso
y no le pertenecía.

V
Juicios sumarios se hicieron
a toda la jerarquía
del ejército, y a todos
arrebataron la vida.
Era el último consejo
de guerra el que decidía
sobre Moncada, y así
Úrsula habló al mediodía
a Aureliano: “Es el mejor
gobernante, la más íntegra
persona con que contamos
en Macondo. No tendría
que hablarte de su cariño
por nosotros, de su limpia
alma y su luz, pues ninguno
conoce mejor su digna
personalidad que tú”.
De manera despectiva,
Aureliano contestó:
“El poder de la justicia
no querrá usted que me arrogue.
Vaya ante el consejo y diga
lo que tenga que decir”.
Úrsula fue, en compañía
de todas las madres de
quienes justicia impartían:
una por una, las viejas
de Macondo maravillas
de José Raquel Moncada
comentaban, repetían.
Rotunda y seca fue Úrsula,

mirando silla por silla:
“Se están tomando muy en serio
esta espantosa rutina,
y hacen bien pues cumplen el
deber que se les asigna.
Pero no olviden que somos
madres que ahora podrían,
por muy patriotas que sean,
aunque el rencor los oprima,
bajarles los pantalones
y darles una cueriza
por la falta de respeto
que este oprobio significa”.
La convincente vehemencia
de sus palabras haría
vacilar por un momento
el rigor de la justicia.
Esa noche, sin embargo,
la sentencia fue expedita:
a José Raquel Moncada
también lo fusilarían.

VI
Ni los violentos reclamos
ni las frases compasivas
ni las recriminaciones
de Úrsula lograrían
que Aureliano conmutase
la pena. No amanecía
aún cuando en la prisión
quiso hacerle la visita.
“Recuerda que no soy yo
quien te mata: te fusila
la Revolución, compadre”,
habló el coronel Buendía.
“Compadre, vete a la mierda”,
fueron las palabras dichas
por José Raquel Moncada.
Vio Aureliano cuánto había
envejecido el que antaño
fue su cómplice en la íntima
serenidad de los montes:
recordó claros los días
en que le enseñó ajedrez
y en que curó sus heridas.
Notó el temblor de sus manos,
la silenciosa medida
con que aguardaba la muerte,
y experimentó una fría,
una imparable aversión
por sí mismo, una ojeriza
profunda, un hondo desprecio,
una fiera antipatía
que confundió con un hálito
de misericordia. “Mira”,
le dijo, “todo consejo
de guerra es una mentira,
una farsa, en realidad
pagas por las tropelías
y los crímenes de otros.
No hay excusa ni evasiva:
vamos a ganar la guerra
a cualquier precio. ¿No harías
tú lo mismo en mi lugar?”.
Limpiando con la camisa
los anteojos, Moncada
se incorporó: “Pues podría
ser. Lo que me preocupa
no es que me mates: la ira
en tus ojos es lo triste.
De tanto odiar la codicia
de los militares, de
tanto combatir sus miserables
decisiones y de tanto
detestar sus porquerías,
te has vuelto idéntico a ellos.
No hay ideal en la vida
que merezca esa abyección.
¿Qué anhelos te legitiman,
qué deseos te sostienen,
qué propósitos te animan
para pensar que es más alta
tu aspiración que la mía,
para creer ciegamente
que la verdad es tu amiga
y que todo lo demás
merece la guillotina?
No eres libre, aunque lo creas:
más preso estás que esa misma
libertad que te envanece.
En un lago de sofismas
tú solo te estás hundiendo.
Si sigues así, Buendía,
serás el más cruel tirano,
la deshonra más mezquina,
el bicho más sanguinario,
la gloria más pervertida,
el dictador más despótico
de que se tenga noticia.

Acabarás fusilando
a tu propia madre, víctima
de tu afán por serenar
tu conciencia envilecida”.
Pasaron varios segundos
en silencio. Varias vidas.
Varios siglos. Aureliano
sintió que el pecho le ardía,
pero se mantuvo impávido.
“Aquí están mi leontina,
mi medalla de la Virgen
de los Remedios querida,
y mis lentes de carey,
y está también mi sortija.
Te suplicaré el favor
de que estas cosas prescribas
que entreguen a mi mujer”.
“¿Sigue en Manaure?”, Buendía
preguntó. “Sigue en Manaure,
sigue en la casa amarilla
que está detrás de la iglesia”.
Sobre la palma vacía
de Aureliano colocó
las cosas. Al tacto tibia,
la mano tensa de un muerto,
sin embargo, parecía.
“Con mucho gusto he de hacerlo,
José Raquel”. La llovizna
lo empapó al salir. Afuera,
el pelotón resistía,
formado frente a la puerta
en actitud defensiva.
A lo más alto del cielo
miró Aureliano Buendía.
“Pueden traerlo”, ordenó.
Lentamente amanecía.

VII
De las montañas al mar,
de las cumbres a la orilla,
en Macondo y más allá
sonó la fusilería.
Un estruendo pegajoso
que al pueblo enmudecería
y que acompañó a Aureliano
cuando a Manaure se iba.
Detrás de la iglesia halló
la vieja casa amarilla.
Tocó a la puerta. La viuda
se asomó. La leontina,
los lentes y la medalla,
la tan preciada sortija,
todo le entregó Aureliano
a la mujer. “No prosiga,
coronel”, le dijo firme
cuando él se disponía
a entrar, “usted mandará
en su guerra. Mientras viva,
en mi casa mando yo”.
No dio Aureliano Buendía
muestra alguna de rencor,
pero no descansaría
su espíritu hasta observar,
por su propia iniciativa,
toda la casa saqueada
y reducida a cenizas,
y a la viuda de Moncada
delirante, destruida.

VIII
La memoria de Macondo
sobre las aguas va escrita.
Solo las palabras pueden
contener la villanía,
la nostalgia, la pasión,
la templanza, la alegría,
la desazón, el temor,
el espanto, la desdicha,
el nacimiento y la muerte
de la estirpe de Buendía,
también su resurrección,
sus encantos, sus manías,
sus lutos, sus inclemencias,
sus placeres y agonías,
y hasta a aquellos diecisiete
con sus cruces de ceniza.
Pero si algo puede en medio
de la borrasca infinita
sobrevivir, si algún trozo
renace entre la pérdida
emoción, si un pedacito
queda del mundo hecho trizas,
será sin duda el secreto,
la vastedad y la herida
de José Raquel Moncada
y de Aureliano Buendía.

Entre Madrid y Barcelona,
julio de 2023



Abel González Melo (La Habana, 1980). Es dramaturgo, director teatral y docente. Doctor en Estudios Literarios por la Universidad Complutense de Madrid. Cursó la Residencia Internacional del Royal Court Theatre de Londres. Sus textos se han estrenado y publicado en más de veinte países, se han traducido a una decena de lenguas y han obtenido, entre otros, el Premio

Casa de las Américas, el Premio Nacional de Dramaturgia Virgilio Piñera, el Premio de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y el Premio de la Crítica Literaria. Actualmente es miembro del departamento artístico del Teatro de La Abadía, en Madrid.